

EL BUSTO DE MAUPASSANT EN RUÁN

París, 17 de mayo de 1900

Dentro de algunos días, la ciudad de Ruán inaugurará el monumento erigido por suscripción a la memoria de Guy de Maupassant. El Presidente de la Sociedad de Escritores, estando, a su pesar y lamentándolo todos, imposibilitado para asistir a esta ceremonia y representar con su presencia a la Sociedad de la que Maupassant formó parte y que ya le ha rendido homenaje, me ha confiado el honor de sustituirlo. Pero no



había necesidad de esta circunstancia para evocar en mí recuerdos a la vez encantadores y tristes. Maupassant fue mi amigo. En ocasiones hemos cazado juntos sobre los acantilados desde donde el ruido del mar, acariciador y amenazante, subía hasta nosotros. A menudo era huésped del legendario palacete donde vivió los tiempos más felices de su vida en París, no lejos de ese parque Monceau donde también tiene su monumento. Lugar bien elegido, bajo el poético abrigo de una especie de bosque sagrado en pleno París, en un barrio elegante. En ese parque que, a algunas horas del día o de la noche, toma un aspecto delicioso, las jóvenes parisinas van a ver retozar a sus hijos o, ¿quién sabe? a encontrarse, por casualidad, con un enamorado que las espera. No podía haber un lugar más idóneo para que Maupassant, el novelista tan

querido por las mujeres, y que ha hablado a veces de ellas con tan especial emotividad, tuviese su imagen erigida sobre la columna donde se apoya una parisina simbólica con gesto triste...

Pero era conveniente que la gloria de Maupassant fuese consagrada en su ciudad natal, en la antigua y soberbia capital de esta Normandía de la que él era hijo. Él le debía mucho. Su espíritu, a la vez claro y sutil, una cierta rudeza atenuada con una finura exquisita, eran rasgos de su provincia. Había adquirido también de su pequeña patria esa férrea salud, esa tez de intenso color, esa anchura de hombros que por desgracia no fueron más que la engañosa fachada de la fuerza. Había contado demasiado con ese vigor de su raza. Desgraciadamente la grieta se abrió en su soberbia constitución. Sus amigos soportaron el dolor de verlo morir joven, lentamente y como en dos veces.

Ese hijo de Normandía no había sido de entrada un hijo muy respetuoso. Su aventura fue la de su maestro y gran amigo Flaubert y creo también que la de casi todos los hombres que, al principio de la vida, abandonan el campanario natal para venir a buscar la gloria a París. Ese campanario fue el de una gloriosa catedral como la de Ruán, su sombra parece mortal a las jóvenes ambiciones. París, con sus seducciones, es mala consejera, consejera de ingratitud hacia la provincia natal. Él es casi sin ejemplo como un letrado que se haya negado a realizar la sátira y, a veces, a hacer caricaturas del medio donde creció, a menudo contrariado en su vocación incomprendida. Ese fue el caso de Maupassant, imitando a Flaubert en eso. Pero si es raro que un hombre pueda sustraerse a este pequeño rechazo contra la provincia donde ha nacido, contra la ciudad de su infancia, que, tan grande como sea, él siempre considera pequeña cuando la sorpresa embrujadora de París se le ofrece, es también una regla común que más tarde

(y algunas veces enseguida) se retracte. No conozco a escritor que, cansado de la lucha o de los placeres de la vida en París, no haya retomado su gusto, a veces con extrema pasión, por las alegrías más tranquilas de la patria chica¹. Las numerosas sociedades que se han formado desde hace algunos años, de provincianos residentes en París (Normandía tiene la suya que se llama «La Manzana»), no son otra cosa que la expresión de ese gusto, que todos tenemos, del regreso al terruño natal. Maupassant lo conoció. A veces se había burlado de sus normandos: le gustaba recordarlos. Cada hombre tiene en su existencia el recuerdo de algún oasis donde ha conocido dulces horas. Este oasis bien podría haber sido para Maupassant el muy modesto chalet de Étretat donde tan a menudo lo vi. Despreciando, en esa época, los sometimientos de la moda, poco preocupado en mantener su lugar entre los «mundanos», él vivía entre el campo y el mar. En sus largos paseos de caza, en sus aventuras de pesca en el mar, usaba sin peligro la fuerza de su temperamento y el ardor de su sangre. Mezcla de rudeza y de gracia, su Normandía era un marco relajante y apropiado para su espíritu. Cuando, más adelante, próximo a los avatares de la enfermedad que debía abatirlo, lo volví a ver en el Midi, y aunque el mar conservaba la misma atracción par él, ya no era el mismo hombre llevando la misma vida. Nuestro barco de pesca, en el que se estaba tan mal bajo la húmeda caricia de las salpicaduras del mar del Norte, se había convertido en un elegante velero deportivo. Maupassant ya no era el mismo; roble transplantado en una tierra demasiado liviana. Material y moralmente, un cambio de aires fue mortal para él. Su independencia natural, que rayaba casi en un estado salvaje, se humilló y se sometió a las exigencias de la vida de la sociedad refinada, de la vida mundana. Se ha dicho que esa fue su verdadera enfermedad. Considero que el proceso se duplicó y que lo que nos parece como un resultado fue, en buena parte, una causa. El vigoroso aldeano que hubieses sabido luchar contra la adversidad no se resistía a la fugaz caricia del éxito.

Cuánta melancolía provoca el recuerdo de esta vida de Maupassant, cuya más hermosa novela quizás sea *Una Vida*, donde aparece tanto de sí mismo, ¡pero no todo! ¡Y qué llena está de información! Desde luego las cosas no llegan siempre, como para Maupassant, al extremo trágico: pero el artista que se abre al mundo, que quiere recibir en menuda moneda de elogios acariciadores la recompensa de su merito, se disminuye siempre, y a veces, se pierde. La alta sociedad, en particular, se venga instintivamente de aquellos que saben mirarla, penetrarla y describirla, conquistando su espíritu y modelando su carácter a imagen y semejanza de sus estrecheces. Maupassant no es el único de nuestro tiempo de quién el mundo ha tomado más de lo que él ha dado. ¡Y cuan irreparable fue la perdida para nuestras letras francesas!

Pues Maupassant era, por naturaleza, un gran escritor. En el doble homenaje que le han rendido París y Ruán, no ha habido ni complacencia, ni camaradería de escuela ni de camarilla, ni amor propio de provincia, feliz de aumentar la lista de sus hijos ilustres. Que se le tome en su primer volumen, en su libro a los veinte años, desafortunadamente titulado: *Unos versos*, y que se le siga hasta esa novela terrible, *el Horla*, donde, para el observador inquieto, el genio de la imaginación se inclinaba ya hacia la locura, y es casi todo el tiempo igual a si mismo. Nadie fue un mejor escritor francés. Creo además que el arte del estilo no se enseña más que se aprende. Todos los hombres de letras de nuestro tiempo, para hacerse un estilo han recibido la misma información: quiero decir que han tenido las mismas lecturas. Únicamente, de esas lecturas semejantes para todos, se forma en los cerebros lo que se podría denominar una digestión desigual según la salud de los estómagos. Unos saben y pueden absorber la información de los escritores

¹ El Señor Fouquier olvida a Henry Boyle (Stendhal), que nunca dejó de detestar cordialmente Grenoble.

del pasado, aprovechándola y haciéndose una lengua donde su marca personal se mezcla sin esfuerzo y como sin querer. Los otros caen en la imitación y no la eluden más que por la manera. En los dos casos, la impotencia y el esfuerzo no escapan al crítico. Maupassant no conoció ni lo uno ni lo otro. Nada es más franco que su hablar y su proceso de composición. Vio y describió la vida con una rara sencillez. Fue para las almas una especie de maravilloso paisajista, si se me permite decirlo de ese modo, no teniendo necesidad de buscar lugares excepcionales, contentándose, para su cuadro, con el primer rincón de naturaleza y haciendo la obra grande y soberbia mediante el golpe de sol y de luz que su pincel sabía arrojar allí. Tal es el paisaje del país normando, desprovisto de accidentes pintorescos, pero que se llena de gracia o de fuerza con la iluminación del rayo que penetra entre las nubes. Y ese rayo de sol del genio de Maupassant, tal vez en sus más cortos relatos, sea la emoción. Ella supera todo, la impasibilidad a veces rebuscada y la ironía. Bajo su risa, hay ternura, una ternura que conserva no sé que pudor al no dejarse más que entrever. ¿Y quién sabe si en esto él no justifica, más que cualquier otro en nuestro tiempo, ese dicho de que «el estilo, es el hombre»?

NESTOR

del *Echo de Paris* y del *Journal*.

PS. *Le Temps* publicaba el 28 esta carta fechada en Ruán, el 27 de mayo de 1900:

... José María de Heredia toma la palabra, a continuación es el Sr. Henry Fouquier quién habla en nombre de la Sociedad de escritores.

Tras haber disculpado al Sr. Paul Hervieu, Presidente de la Sociedad de escritores, el Sr. Henry Fouquier comienza así:

La Sociedad de escritores me ha impuesto el honorable privilegio, no diré de sustituir a su Presidente, sino de ocupar su lugar. Y, aquí, mi amistad ha debido contener mi modestia. Yo era en efecto el amigo de vuestro ilustre compatriota Guy de Maupassant. Y si la ceremonia de hoy revive y despierta en mí el recuerdo doloroso de su final tan prematuro y tan triste, experimento también esta alegría, un poco melancólica todavía, pero noble y serena, que se debe encontrar al ver a los muertos que se han amado, resucitar en la gloria.

El busto erigido ya en París, en el parque Monceau, no bastaba: El Sr. Henry Fouquier lo explica a continuación en estos términos:

Señores, todos tenemos dos patrias: la chica y la grande. Una está en provincias, en la ciudad o en el pueblo donde hemos nacido, la otra es la patria francesa común a todos nosotros y de la que Paris, a pesar de sus fiebres o sus errores, representa la reluciente corona. A doble patria, doble amor. Y en este sentimiento de todos y cada uno por la tierra de origen, - sentimiento que me parece encontrarse más desarrollado en nuestros días, fortalecido por Sociedades como «La Manzana, que todos conocéis, como el de «La Cigala», que reúne en el propio París a mis compañeros de Provence,- en ese sentimiento no hay nada peligroso, aunque se diga sin razón. Más dulce, más cercano a los recuerdos de infancia que nos vienen al corazón con la edad que nos aleja de ella, rosas florecientes en el otoño de la vida, ¡el amor a la patria chica prelude el amor más viril, más razonado de la grande! Es por eso por lo que habéis querido honrar a Guy de Maupassant, a la vez como un gran hombre de letras que pertenece a Francia y, más particularmente hoy, como el hijo amado de vuestra tierra normanda: tierra pletórica de robustez y de gracia, que ha tenido el privilegio de todas las fecundidades, y que ha dado a la gran patria tantos hombres de genio, de talento y de valor, que, - en todo tiempo y en nuestros días, - la han servido o han tenido esa suprema alegría de añadir una nueva gloria a su gloria pasada.

Maupassant fue un buen normando, a pesar de algunas disensiones aparentes con su tierra natal. El Sr. Henry Fouquier hace un bello elogio del escritor:

Resulta injusto que se haya querido hacer de él un artista impasible, incapaz de sensibilidad y emoción. Es un error que ha querido que él fuese un escritor únicamente «objetivo», es decir, por utilizar un lenguaje menos abstracto, incapaz de describir los sentimientos de sus protagonistas y de dejar algo de sí mismo en su obra, o sea, como decía Dumas, un doloroso pedazo de su corazón. Una obra en la que el artista no pusiese nada de él, de su alma o de su vida, no viviría. Lo que es cierto es que Guy de Maupassant resulta naturalmente desde el primer momento inimitable, con más instinto que voluntad, tal vez sin mucho estudio de la gran escuela de los escritores clásicos. De ese modo su estilo es claro y sobrio; aceptando la imagen cuando ésta se le ofrece, no buscándola a pesar de todo, conservándola como esclava y nunca como dueña y fuente del pensamiento. Le horroriza la declamación, que es la mentira del vigor, y la sensiblería que es la caricatura de la sensibilidad. En eso, está muy próximo a ese otro autor normando tan célebre, Mérimée. Pero en el momento en el que la inmortalidad del mármol y el bronce está asegurada a un escritor, él entra al mismo tiempo en la leyenda y la leyenda debe desaparecer para él. Al rostro de Maupassant hay que quitarle la máscara de insensibilidad que se la ha atribuido demasiado fácilmente, cuando incluso el hubiese querido atarla sobre los rasgos que oculta. Es necesario saber lo que los hombres han sido, cuando se tiene el documento de su obra, sin detenerse demasiado en lo que, a veces, ellos han querido ser. ¡Pues bien! en esta obra yo encuentro emoción e ideal. Una emoción contenida, desde luego; un ideal que se detiene tal vez en una tristeza inquieta ante los dolores del hombre y en una aspiración indecisa a la obtención de más felicidad para éste. Pero eso me basta para negar el fundamento de la leyenda de la insensibilidad, demasiado desdeñosa y altiva, que ha rodeado a Maupassant. Él decía en sus primeros versos – en esos primeros versos, que constituyen para los jóvenes poetas, menos una promesa de talento que una ingenua confesión de su alma:

¿Por qué Colón estuvo tan atormentado,
Cuando, entre la bruma, entrevió un mundo?

Ese tormento ante lo desconocido no puede existir sin emoción.

El muy hermoso discurso de nuestro colaborador finaliza así:

Tal es la obra de Maupassant: fuerte sin esfuerzo, agradable sin afección, hecha de finura, a veces de ironía; pero donde tanto corrió ese rayo de sol, ese estallido de luz que ilumina y que calienta, y que es la emoción del artista ante las alegrías y dolores humanos. Esto es lo que he querido decir de Maupassant en este día de apoteosis, y que, tal vez habiendo sufrido de la vida más de lo que uno piensa – incluso antes de haber sido afectado por el golpe que lo consumió lentamente y lo mató – no la describió con un corazón insensible a todo dolor humano. Y me alegra asegurar que el gran escritor admirado, y que el amigo añorado a quién, en este día de fiesta triunfal yo aportó el homenaje de los escritores, no difiere de los demás hombres más que por el arte que hubo en él, arte superior y exquisito de describir la vida tan bien, a veces mejor que sus más grandes pintores, la vida en la que la alegría se mezcla con las tristezas, al igual que en nuestros corazones hoy, ante este monumento que expresa nuestros lamentos y que canta su gloria.

Traducción de José Manuel Ramos para <http://www.iesxunqueiral.com/maupassant>
del francés de la obra de Albert Lombroso *Souvenirs sur Maupassant*, Roma, Hermanos Bocca, 1902.